

izquierdas y derechas" y divisiones de ellos "en dos alas"—son palabras de Laborde— el P. C. M. logró un crecimiento numérico jamás previsto por él mismo. Un torrente de arribistas, de caza-empleos, de burócratas famélicos y de funcionarios deseosos de adquirir a poca costa el nombre, sólo el nombre, de radicales, ingresó al Partido Comunista, que perdió así sus postreras vinculaciones proletarias. Lo único que se pedía a los recién llegados era que protestaran su amor "por la paz y la democracia"; su odio al fascismo y a su "variedad más reaccionaria", que según el Dimitrov de 1935 "es el fascismo tipo alemán"; y, antes que nada, su devoción "al Jefe sabio y querido del proletariado mundial, el camarada Stalin".

Se formó así un Partido que Laborde mismo describió oficialmente como "sin consistencia, fofo, blanducho, falta de disciplina férrea", "un partido de algodón"; pero que en su ignorancia de la doctrina revolucionaria y de la filosofía de la historia pensó el propio Laborde hacerlo de hierro con sólo obligarlo a leer sobre todo las falsificaciones doctrinarias e históricas de las editoriales stalinistas. Se explica, por lo tanto, que halagado con el incremento rápido de la agrupación, creyera posible hacer que tuviera 100,000 miembros para fines de este año; así como lograr que esa hojita bellaca, sin valor literario ni científico, albañal de torpezas y de calumnias —citamos a "La Voz de México"— que le sirve de órgano, se volviera "un diario de masas, un verdadero diario del pueblo".

Todos estos sueños de burócrata indigesto de banquetes presupuestales se desvanecieron de golpe, el 23 de agosto del año en curso. Ese día, Molotov, en representación de la U.R. S.S., firmó un tratado de inteligencia y no agresión con el Tercer Reich, representado por Ribbentrop. De pronto, la política de infidencias, de renunciamientos, de humillaciones, de domesticidad y de envilecimiento, seguida por el Partido Co-